

Homenaje a Guillermo Feliú Cruz

Por HECTOR FUENZALIDA



Se ha cumplido ayer el primer aniversario de la muerte de Guillermo Feliú Cruz.

Conservo vivo el recuerdo de los días que antecedieron a su fin. Frente a la crueldad del mal que le aquejaba, no perdió nunca la entereza necesaria a un vasto plan de actividades trazado para sus últimos días. Servía esa tarea tolerando, con igual estoicismo, el asedio médico contra una enfermedad cruel, de diagnóstico fatal.

Se dio tiempo también para ordenar papeles, archivos, galeradas, originales, láminas e ilustraciones, disposiciones testamentarias, casi todo ello dirigido a la organización de un vasto homenaje nacional a Claudio Gay, cuidando de la marcha de ediciones y actos que él mismo promovía desde su lecho o desde su escritorio que ya no podía abandonar, salvo una sola vez para concurrir a una notaría donde firmó la autorización para que sus restos fueran cremados, estampando su grafismo como quien signara la propia sentencia de muerte.

—Yo no hago conciliábulos ante la verdad, aunque sea ésta mi muerte y mi condenación—solla decir a sus íntimos y amigos.

Y volvía a sus papeles queridos. Con su elegante y limpio grafismo iba llenando páginas y páginas de apretada composición. Nunca demostró vacilaciones. Tenía Feliú un estilo de gran vibración interna que confería a su sentencia corta, nerviosa y segura, la plasticidad necesaria para vigorizar ideas y destacar acontecimientos que revitalizaban la historia y hacían amenos los malos residuos de la erudición. No gustaba repasar lo escrito. Su modo tan particular, el impulso de su fraseo y esa su memoria alerta, hacían lo demás. Era ésta infalible como una computadora que dejaba atónito a quien la requería al sólo tacto de sus dispositivos.

Feliú Cruz no perdió nunca la avidez por los libros que pudieran brindarle un mensaje en las ideas y en el campo de la belleza pura, fuera donde fuere que ella se asilara. Si se repasan las páginas de esa formidable bibliografía que firman sus discípulos Manuel Cifuentes y Guillermo Fuenzalida que se inserta en el homenaje que hoy le tributa la Biblioteca del Congreso, se ve el dibujo de una pasión histórico-bibliográfica que colmó las principales horas de su vida. Pero tan completa como acuciosa con sus 500 ítem, no logra acusar todas las gamas de su espíritu en la sobredimensión de sus gustos secretos por los ensayos literarios, el conocimiento incidental de libros de palpante actualidad y esa devoción a la oceánica obra poética de Neruda, para colmarlo de contentamiento en sus últimos días. "Manía de coleccionista", decían algunos, al ver cómo crecía su recopilación nerudiana en diversas lenguas y ediciones.

Feliú Cruz fue un polemista fogoso que aguzaba su sagacidad y erudición restallante como un látigo para anunciar méritos y señalar errores sobre el texto de comentaristas ante una dudosa documentación. Fue por eso también terrible promotor y adversario como maestro y contendor.

La perspectiva del tiempo fue dando a su personalidad un dibujo particularísimo en el campo de historiografía colocándolo en el engarce de la gran tradición que comienza con Barros Arana y Vicuña Mackenna, para seguir en la obra de Medina y de Matta Vial y arribar a los valores de su propia generación. Fueron estos últimos sus maestros cotidianos desde que se divorció de las aulas y comenzó, a los 16 años, su labor de publicista.

Un suceso bochornoso que recuerdan sus amigos y condiscípulos del Liceo de Aplicación motivó un serio y definitivo rompimiento con su vida escolar. Desecha entonces todo lo que puede sustraerlo de su vocación y se entrega al estudio guiado por el consejo de quienes reconocía como sus únicos maestros. Don Julio Montebruno, afirman Cifuentes y Fuenzalida, le apoya y guía desde el liceo, en sus estudios humanísticos; Matta Vial le orienta la formación intelectual; José Toribio Medina lo adentra en el conocimiento histórico-bibliográfico y reconoce en él toda la pasta como discípulo predilecto; Laval le afirma en los recursos del idioma, en su formación de escritor. Domingo Amunátegui lo induce al cultivo del ensayo histórico, y su maestro del Instituto Pedagógico, don Luis Puga Rojas, forma su base de estudios de la geografía y el gusto por la enseñanza universitaria.

Pero, pese a esta pléyade, Feliú Cruz no deja nunca de ser un autodidacta. Y siguiendo esta conducta logra escalar por sus solos méritos, por la virtud del propio esfuerzo, los ascensos que lo llevan a la cátedra universitaria y le franquean la entrada a la gran monarquía hispanoamericana de las sociedades doctas del continente. Llegará a ser Secretario General de la Universidad

de Chile y Decano de su Facultad de Filosofía y Educación. Y nadie pudo quitarle el ser, a los 25 años, el Conservador del Fondo Histórico-Bibliográfico que lleva el nombre del maestro, cargo desempeñado durante 50 años, hasta el día de su muerte, y el de director indiscutido de la Biblioteca Nacional, donde le cupo revivir y poner al día una tradición bibliográfica perdida desde la dirección de don Luis Montt. Esas salas conocieron las manos de Feliú en su ordenación, libro tras libro, de sus anaqueles, catálogos y registro bibliográfico. No tenía igual en América.

Sin entrar en la clasificación comparativa de su obra, yo no dudaría en proclamar como la mejor su "Historia de las Fuentes de la Bibliografía Chilena", ensayo crítico en tres volúmenes, destinado a llenar un inexplicable vacío en un país lleno de la más notable cultura bibliográfica: una monografía como él decía, un estudio o un ensayo que presente, en su conjunto, ese capitulo tan descollante de la vida intelectual de Chile. Es su obra cumbre, es su testamento.

Resulta, pues, muy explicable, que en la creación de homenajes nacionales de la Biblioteca del Congreso para desarrollarse en un plan de uno por cada año abarcando los más notables chilenos, se inaugure esta colección con el nombre de Guillermo Feliú Cruz y que esto llegue a ver la luz pública al borde del primer aniversario de su muerte. Es una magnífica, edición de 1.200 páginas que recogen 40 estudios de autores chilenos y americanos, en memoria del maestro. Es una edición primorosa de la Editorial Jurídica, compuesta por Mauricio Amster, bajo la dirección y compilación de Neville Blanc, alto funcionario de la Biblioteca. Entre los extranjeros están presentes Edmundo Correa, Pedro Grases, Lewis Hanke y Ricardo Levene, respondiendo al llamado de Neville Blanc. Se agregan esos "Tres ensayos sobre el Periodismo", de René Silva Espejo, basados en una ardiente defensa de la libertad de información, la libertad de pensamiento a la luz de los derechos humanos, magistral síntesis de la historia del periodismo americano con una glosa final sobre el difícil decenio de 1920 a 1930 en que el país fue "escenario de convulsos sucesos políticos" que afectaron hondamente la marcha del diario.

Hay también en esta recopilación estudios literarios, episodios anecdóticos de nuestra historia; recopilaciones bibliográficas, el ambicioso registro de Leonardo Mazzei de Grazia, el señalado de Cifuentes y Fuenzalida que, junto con los sobresalientes ensayos de René León Echaiz y del padre Gabriel Guarda acerca del fundador de la familia Olaguer Feliú en Chile, constituyen un homenaje directo a la persona del historiador. ¿Cómo señalarlos todos, cómo omitir algunos! No se pueden olvidar los nombres de Fernando Campos Harriet, de Mario Correa Saavedra, uno de sus discípulos en la Facultad de Derecho; el notable estudio de Julio Heise González cuyo sólo título realza su calidad "El caciquismo político en el período parlamentario (1891-1925)", lleno de nuevas percepciones y documentación, junto con el brillantísimo estudio de Sergio Fernández Larrain, "Carlos V, Lutero y la Reforma Protestante", bueno entre los buenos, y bueno en España como salido de pluma hispánica. Y el acucioso recuento de la ruptura con el Eje, de Ernesto Barros Jarpa, que explora zonas desconocidas de una de las crisis y dramas de nuestra vida internacional, con documentos hasta ahora desconocidos y que titula "Historia para olvidar". Con iguales razones señalamos los trabajos muy originales de Negri, Juan Luis Espejo, Guillermo Donoso, Pedro Lira Urquieta, Alejandro Méndez, Zenón Urrutia Infante, de Jorge Valladares Campos y del Padre Hanisch, todos los cuales se distinguen por constituir un aporte efectivo y novedoso en la investigación histórica. El espacio nos impide señalar otros llenos de merecimientos que engalanan estas páginas. No hay duda que la crítica los tendrá que señalar.

Los libros rodearon y alimentaron la vida de Feliú Cruz. Le cercaban y le ahogaban. Parecen ahora describir una parábola en un vuelo de regreso. Hablo de su inmensa biblioteca, la más rica en asuntos americanistas y chilenos sobreviviente en nuestro tiempo, como colección privada. Ahora levanta el vuelo nuevamente. Y van a estar de regreso: Guillermo Feliú Cruz dejó a sus hijos Ximena y Guillermo, la misión de custodiar y hacer uso de la herencia bibliográfica que les dejaba. Y ellos no han vacilado un instante. Por su disposición como herederos, estos libros pasarán a integrar el acervo de la Biblioteca Nacional, tal como llegaron, hace cincuenta años los de su maestro, cerrando el mismo círculo.